

BREVE HISTORIA DEL MUNDO

Luis E. Íñigo Fernández



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia del mundo*

Autor: © Luis E. Íñigo Fernández

Director de la colección: José Luis Ibañez Salas

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-772-9

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-773-6

ISBN edición digital: 978-84-9967-774-3

Fecha de edición: Noviembre 2015

Impreso en España

Imprime: Exce Consulting Group

Depósito legal: M-30542-2015

A mis niñas: Gabriela y Ester

Índice

Prólogo	13
Capítulo 1. El amanecer de la humanidad	17
Un protagonista escurridizo	17
<i>East Side Story</i>	20
Los monos del sur	26
El primer ser humano	28
La humanidad viajera	31
La era de la piedra	41
Capítulo 2. La primera revolución	51
Con duro trabajo la harás producir	51
El largo camino de la domesticación	56
El fin de la igualdad	64
Entonces ¿por qué?	68

Capítulo 3. Siervos y señores	77
Infamia en el paraíso	77
Más allá del Mediterráneo	86
La difusión del Estado	90
Ascenso y caída de los imperios	93
La vida de los humildes	96
Capítulo 4. El amanecer de Occidente	103
El alba de la razón	103
El nacimiento de la polis	107
Griegos y persas	113
La herencia griega	116
Los romanos	127
La decadencia	132
El cristianismo	137
Capítulo 5. Cuando Europa no era el centro	141
El fin del mundo, pero no del todo	141
Vientos del este	152
Europa despierta	160
La gente del Medievo	171
Capítulo 6. La primera globalización	179
Europa se encoge... ..	179
... antes de expandirse	188
Gigantes con pies de barro	200
Un mundo oculto tras la bruma	206
Capítulo 7. La segunda revolución.....	213
Pararse a respirar.....	213
El Siglo de las Luces.....	220
El gran cambio.....	227
Los perdedores.....	239
Un mundo distinto.....	243

Capítulo 8. Del Imperio a la guerra	245
Occidente... ..	245
... y el mundo	249
La guerra	262
Los años locos	267
Fascismos y guerra	272
Capítulo 9. ¿El fin de la historia?	281
La guerra fría	281
La vieja Europa	291
¿El fin de la historia?	295
¿Choque de civilizaciones?	301
Capítulo 10. Ese país desconocido	311
Una nueva economía	311
Señales de futuro	314
Internet se expande	317
Una nueva sociedad	321
Nubarrones en el horizonte	323
Bibliografía	329

Prólogo

Cuando propuse al autor que acometiera la tarea de resumir la historia del ser humano, la historia, vaya, pues no hay otro conjunto de acontecimientos que tal nombre merezca, mi amigo Luis no dudó un momento. Sólo convinimos dos objetivos como horizonte del reto: uno de ellos caía por su propio peso, la brevedad, pues su nuevo libro iba a engrosar la categoría de esta colección, breve por antonomasia; más el otro tenía que ver con la intrínseca característica del título que queríamos que leyeras como ahora haces, querido lector.

¿A qué me refiero? A esa estomagante tendencia de explicar la historia del mundo, la historia, la del ser humano, como si no hubiera habido más seres humanos que los que hemos habitado, habitamos y habitaremos ese espectro genuinamente avanzado,

dirigido al éxito del linaje humano, que es el mundo occidental. Occidente. En efecto, el segundo objetivo que debería de servir de faro permanente, de anclaje definitorio a este volumen, era que fuera una historia de las sociedades humanas, pero no sólo de las europeas y de aquellas que han ido constituyendo lo que ahora entendemos por Occidente. Quisimos que fuera una auténtica historia universal, mas no una historia al uso.

Y el autor, a mi juicio, lo ha conseguido. Lo ha logrado no sólo porque todo el globo terráqueo aparece interrelacionado en este acercamiento lúcido al transcurso de la especie humana por este planeta, sino porque, además, y no de una manera menos importante, se nos muestra como el espacio en el que ocurre una andadura prodigiosa a la que asistimos sabiendo los interrogantes esenciales y las respuestas más perentorias. Luis Íñigo lo verbaliza de forma contundente: «La división en capítulos no obedece tanto a criterios meramente cronológicos, propios de la historiografía tradicional, como a los grandes cambios que han ido marcando la evolución de las distintas civilizaciones, de modo que la obra responde en todo momento a preguntas del tipo de cómo, por qué y cuándo».

Pero es que, asimismo, como un rasgo que la diferencia de obras similares en su aspecto conceptual, esta breve historia del mundo «da prioridad a las masas sobre las élites, al pueblo llano sobre la aristocracia, a los gobernados sobre los gobernantes». Y no sólo eso, nos deja un enigma para acabar su lectura, el interrogante por antonomasia de nuestro tiempo: ¿será sostenible la prosperidad?

Nuevamente estamos ante un poderoso ejercicio de concienciación llevado a cabo utilizando una herramienta tan humana como es la *historia*, ahora con su

acepción de disciplina para el conocimiento. Una vez más, sólo puedo dar las gracias a Luis por haber vuelto a dejarnos en la memoria el aroma esencial de nuestro devenir como especie sobre esta tierra tan humana, para lo bueno y para lo malo.

José Luis Ibáñez Salas
Director de la colección Breve Historia

1

El amanecer de la humanidad

Así, pues, hubo que hacer una nueva tentativa de crear y formar al hombre por el Creador, el Formador y los Progenitores. ¡A probar otra vez! Ya se acercan el amanecer y la aurora; ¡hagamos al que nos sustentará y alimentará! ¿Cómo haremos para ser invocados, para ser recordados sobre la tierra? Ya hemos probado con nuestras primeras obras, nuestras primeras criaturas; pero no se pudo lograr que fuésemos alabados y venerados por ellos. Probemos ahora a hacer unos seres obedientes, respetuosos, que nos sustenten y alimenten. De este modo hicieron a los seres humanos.

Popol Vuh

UN PROTAGONISTA ESCURRIDIZO

Aunque la literatura, que para eso es arte y no artesanía, no deja de ofrecernos magníficas excepciones, las buenas novelas de aventuras, y esta en el fondo es la mayor de todas, suelen empezar por el principio. Y la lógica

impone que ese principio, al menos si se desea ser fiel a los cánones, sea dar a conocer a su protagonista, ese personaje a ratos feliz, a ratos atormentado, que después de sufrir un sinnúmero de peripecias y sinsabores, triunfa sobre sus enemigos, conquista a la chica, o el chico, más popular del pueblo y recibe al fin la gloria y los honores que merece.

Claro que en nuestro caso el protagonista no es un individuo, sino toda una especie, la especie humana, nosotros mismos. Deberíamos, por tanto, conocernos bien, pero para evitar confusiones quizá convenga precisar de qué hablamos. La primera pregunta que debemos responder aquí es, por tanto, y permítasenos, como licencia literaria –y sólo literaria– que usemos el masculino, ¿qué es el hombre?

A primera vista, se trata de una pregunta fácil, de esas que todos deseáramos que nos cayeran en un examen. Sin embargo, no lo es tanto. Durante décadas se ha dicho que nuestra especie posee unos rasgos que la individualizan, que la hacen única en el planeta, lo que, en última instancia, ha hecho que nos consideremos sus dueños absolutos, con pleno derecho a utilizarlo sin otra consideración distinta que nuestro propio interés.

Esos rasgos parecían evidentes hasta hace poco. El hombre es el único ser completamente bípedo, es decir, el único que se desplaza de manera continua –no de forma ocasional como los grandes simios– sobre sus extremidades inferiores. Esta bipedestación le permite liberar sus manos para valerse de ellas en otras tareas, en especial la fabricación de los valiosos útiles e instrumentos que han facilitado su adaptación a cualquier medio físico. Su elaboración y utilidades, además, se transmiten de generación en generación, y con ellas todo un complejo de pautas de comportamiento, tabúes, roles sociales y símbolos, que constituyen, en conjunto, lo que

llamamos «cultura». Por último, no podemos dejar de mencionar el gran volumen de nuestro cerebro, no en términos absolutos, pues hay especies con un encéfalo mayor que el nuestro, sino en proporción al tamaño de nuestro cuerpo y, sobre todo, la complejidad de su red neuronal, que nos ha permitido desarrollar un lenguaje articulado y, con él, una organización social de una enorme riqueza.

Sin embargo, la cosa no es tan sencilla como parece. Chimpancés y gorilas, por ejemplo, son capaces de caminar erguidos, aunque no podrían hacerlo de manera continua, porque la forma de su pelvis no es capaz de sostener mucho tiempo sus intestinos en esa posición. Los chimpancés, en concreto, muestran además una evidente capacidad para valerse de utensilios y herramientas diversas, aunque muy sencillas, y transmiten su uso de generación en generación; es decir, poseen, de algún modo, una cultura material. No es extraño, así, que algunos investigadores defiendan su inclusión junto a los humanos entre los denominados homínidos, introduciendo una nueva categoría, los homininos, para englobar en exclusiva a nuestros antepasados directos. Por último, en lo que se refiere al cerebro, resulta complicado trazar una frontera: ¿a partir de qué tamaño puede considerarse humana una especie? El humano moderno, el *Homo sapiens*, posee un cerebro cuyo volumen medio es de mil trescientos cincuenta centímetros cúbicos. ¿Era más humano que nosotros el hombre de Neandertal, que superaba los mil seiscientos centímetros cúbicos? ¿Lo es menos el dueño del cráneo más pequeño conocido hasta la fecha en nuestra especie, que se ha fijado en ochocientos treinta centímetros cúbicos?

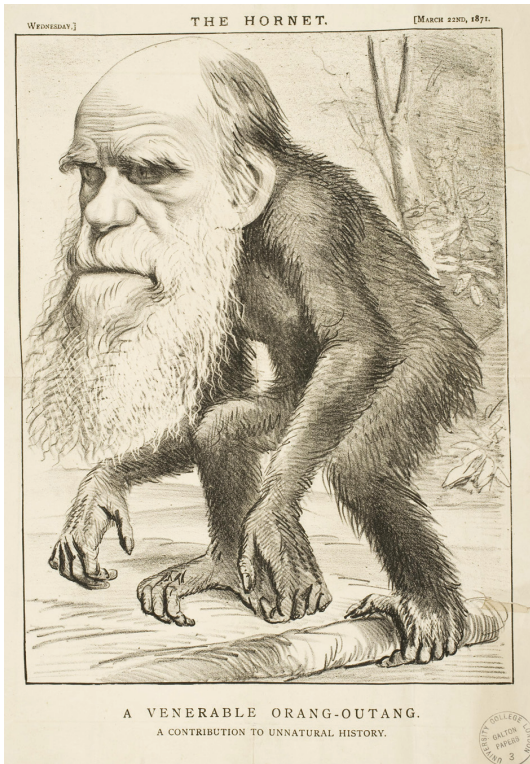
En conclusión, parece que, como mínimo, debemos bajarnos un poco los humos y aceptar que no somos tan especiales como creíamos. Por lo demás, las señas

de identidad a las que aludíamos siguen siendo válidas para retratarnos. A grandes rasgos, podemos decir que lo que nos define como humanos, reflexiones filosóficas o religiosas aparte, claro está, es que caminamos erguidos; poseemos un cerebro de gran tamaño que nos proporciona pensamiento simbólico y lenguaje articulado, y nos valemos de nuestras manos para fabricar todo tipo de herramientas y utensilios que integran una cultura material cuyo conocimiento transmitimos de generación en generación. Podríamos añadir también quizá algún rasgo más, pues inequívocamente humanas son nuestra organización familiar peculiar, que se debe a una infancia muy prolongada y a la ausencia de períodos de celo en las hembras, y una tendencia tal vez innata a la búsqueda de lo trascendente, que se manifiesta en la religión, la filosofía e incluso en la propia ciencia. Tendríamos así completo el retrato de nuestro protagonista. Podemos ya, por tanto, comenzar con su historia.

EAST SIDE STORY

Charles Darwin, el padre de la teoría evolucionista, tenía razón. Como él había anticipado, la evolución de la especie humana dio comienzo en África. Fue allí donde nacimos y también el lugar desde el que partimos a la conquista del planeta. Pero, una vez más, la historia no es tan sencilla. El continente en el que se inició nuestra peripécia vital era muy distinto del actual, y el camino que condujo a la aparición de nuestro linaje resultó mucho más tortuoso y largo de lo que cabría esperar de una especie que se considera a sí misma elegida para dominar el mundo.

La historia comienza hace unos siete millones de años. En aquel tiempo remoto, África era mucho más



A venerable orang-outang, una caricatura de Charles Darwin como simio publicada en *The Hornet*, una revista satírica británica, en 1871. Su subtítulo, *Una contribución a la historia antinatural*, expresa bastante bien la opinión de una buena parte de la sociedad de la época.

verde y húmeda que en nuestros días. Alimentada por un clima más cálido y lluvioso que el actual, una espesa selva ecuatorial teñía de esmeralda las tierras comprendidas entre el golfo de Guinea, al oeste, y el océano Índico, al

este, y flanqueándola al norte y al sur, una densa franja de bosques tropicales alcanzaba territorios que hoy son áridos e incluso desérticos. Y en ese entorno caracterizado por una permanente humedad y una lujuriente vegetación, que ofrecía una gran variedad de alimentos de fácil acceso, vivía un humilde primate de no más de un metro de altura y unos cuarenta kilos de peso que había logrado una perfecta adaptación al medio que habitaba.

Con un cerebro bastante grande, de trescientos o cuatrocientos centímetros cúbicos, y un cuerpo ligero y ágil, debía de pasar la mayor parte de su tiempo colgado de los árboles, pero también, de forma ocasional, se erguía sobre sus extremidades inferiores y caminaba así algún breve trecho. Se alimentaba sin dificultad de hojas, bayas, frutos, insectos, pájaros e incluso pequeños animales, que abundaban en su entorno. Piedras y palos le servían de ayuda para encontrar comida, pero también como instrumentos defensivos. Vivía en pequeños grupos unidos por fuertes lazos de parentesco y jerarquía que vagaban por amplios territorios. Su sociedad era compleja y las relaciones entre los individuos ofrecían todos los rasgos que nos resultan tan humanos, pero que en el fondo compartimos con los grandes simios. La cooperación y el individualismo, la alegría y la tristeza, la sinceridad y la mentira le eran tan familiares como lo son ahora para nosotros.

Pero su tranquila vida estaba llamada a sufrir una trágica, aunque no brusca, interrupción. En una fecha comprendida entre los siete y los cinco millones de años antes del presente, el continente africano comenzó a experimentar una metamorfosis que resultaría determinante para el futuro de aquel pequeño simio y, por ende, de nuestra especie. Por un lado, la meteorología terrestre se encontraba inmersa en una fase de enfriamiento global que tendía a hacer más árido el clima de toda África; por

otro, la elevación de sus mesetas orientales, iniciada hace treinta millones de años como resultado de la aparición de la gran fractura que conocemos como valle del Rift, alcanzó entonces un nivel lo bastante considerable, hasta 3.000 metros de altitud en algunas zonas, como para bloquear de forma significativa el paso hacia el este de las masas de aire húmedo procedentes del océano Atlántico. Con menos lluvias, la selva empezó a retroceder en el África oriental. Al principio se hizo menos espesa; luego sus márgenes se contrajeron dejando paso al bosque tropical; por último, los claros se multiplicaron y los árboles hubieron de rendir su dominio ante el avance de las praderas herbáceas salpicadas de arbustos.

Aunque el proceso habría de durar millones de años, la suerte estaba echada. Los descendientes de aquel simio de vida fácil que quedaron al oeste de la gran barrera montañosa, conservaron su vida tradicional y siguieron su evolución hasta dar lugar a los actuales chimpancés. Los que quedaron al este, en lo que, con evidente humor, el paleontólogo francés Yves Coppens, que formuló esta teoría en 1994, llamó el «East Side» africano, no tuvieron más salida que adaptarse. El nuevo paisaje ofrecía menos alimento y garantizaba mucha menos protección. Se había terminado para siempre la comida segura y el refugio cierto contra los depredadores que la antaño espesa selva ofrecía con generosidad. Tocaba ahora aventurarse por aquellas planicies cada vez más abiertas donde un pequeño simio resultaba presa fácil de cualquier carnívoro y el alimento era escaso y difícil de encontrar. ¿Cómo sobrevivieron, pues, nuestros antepasados?

Simplemente, se irguieron. Lo que antes, durante millones de años, había sido nada más que un acto ocasional se convirtió ahora en la postura habitual de los simios obligados a sobrevivir en los márgenes de la selva en retroceso. La nueva postura brindaba indudables



Imagen de la sabana africana. En estos espacios abiertos, donde escasean los refugios y los recursos se encuentran dispersos, los antepasados del hombre dieron el salto evolutivo que terminaría por conducir a la especie humana actual.

ventajas. Un cuerpo en posición vertical ofrece menos superficies expuestas a la radiación solar, mucho más fuerte en la sabana, y se calienta menos. Los ojos, al mirar al frente y no hacia abajo, permiten ver más lejos y percibir así antes las posibles amenazas. Y, por último, las extremidades superiores ya no son necesarias para la locomoción, lo que hace posible liberarlas para alcanzar con mayor rapidez y eficacia los frutos de los arbustos, transportarlos a un lugar seguro y, en fin, sobrevivir el tiempo suficiente para reproducirse y perpetuar el propio linaje.

Pero, ¿cuál fue en realidad nuestro primer ancestro, la primera especie que se separó del tronco común del que habrían de nacer los chimpancés, la especie de primates más próxima a la nuestra, y los humanos? Lo cierto es que no lo sabemos. Hasta la fecha, sólo contamos con un puñado de aspirantes a alzarse con un galardón que ninguno ha recibido todavía en propiedad, pues ni siquiera está aún del todo claro que todos ellos fueran bípedos. Se trata, además, de un club en continuo crecimiento desde los comienzos del siglo XXI que no termina de escoger, si se nos permite la licencia, su presidente. El socio hasta ahora más antiguo del club, el denominado *Sahelanthropus tchadensis*, es decir, ‘hombre saheliano del Chad’, cuenta con unos siete millones de años y su fósil ha sido bautizado con el elocuente nombre de Tumaí, que significa en la lengua local ‘esperanza de vivir’. Pero hay otros, como el keniano *Orrorin tugenensis*, con seis millones de años, conocido popularmente como el «Hombre del milenio» por haber sido descubierto en el año 2000, y los etíopes *Ardipithecus kadabba* y *Ardipithecus ramidus*, cuyos fósiles más modernos se remontan a cuatro millones y medio de años. Todos, sin embargo, poseen un rasgo común: en ellos se mezclan características propias de los simios más antiguos con otras que anticipan las propias del género humano. Tanto, que no sabemos aún ubicarlos muy bien en el árbol evolutivo, de modo que ni siquiera podemos estar seguros de que entre ellos se encuentre nuestro primer ancestro. Después de todo, el bosque húmedo no se había retirado aún lo suficiente para forzarles a abandonar su protección. En pocas palabras: necesitamos desenterrar aún muchos fósiles para responder a tantos interrogantes. Un gran vacío preside todavía nuestros conocimientos entre los siete y los cuatro millones y medio de años antes del presente.

LOS MONOS DEL SUR

Pero unos cientos de miles de años más tarde las cosas cambian. De repente, los fósiles nos inundan. En torno a cuatro millones de años antes del presente, un nuevo género de primates bípedos surge en el África oriental y, dividido en numerosas especies, parece desperdigarse con rapidez hacia el oeste y el sur del continente. Son los famosos australopitecos o, para entendernos, los «simios del sur».

El número de especies que militan en sus filas no ha dejado de crecer en las últimas décadas. Junto a los más populares, como el clásico *Australopithecus africanus*, y los más recientes, como el denominado, no sin un notable sentido del humor, *Australopithecus garhi* ('sorpresa', en la lengua de los afar de Etiopía), pasando por el bien conocido *Australopithecus afarensis*, el linaje al que pertenecía la famosa Lucy, el antiguo *Australopithecus anamensis* o el también reciente *Australopithecus bahrelghazali*, un total de cinco especies de *Australopithecus* hicieron de África entre los 4,2 y los 2,5 millones de años antes del presente su indiscutible hogar.

Pero los australopitecos tuvieron menos suerte que sus predecesores. Por aquel entonces, el clima se había hecho aún más seco y el retroceso de la selva era mayor. Así, no tuvieron otra salida que aventurarse por las peligrosas praderas en expansión, desarrollar sus dientes para triturar con ellos alimentos algo más duros y erguirse sobre sus extremidades inferiores a fin de conjurar sus amenazas e incrementar un poco sus posibilidades de conseguir alimento y sobrevivir. El australopiteco, aunque posee aún largos brazos que le facultan para la vida arbórea, es ya, fuera de toda duda, un primate bípedo.

Si bien el descubrimiento del *Australopithecus garhi* arrojó una cierta duda sobre la certeza de que los australopitecinos no eran capaces de fabricar herramientas que merecieran ese nombre, aunque quizá sí de utilizarlas, pues junto a sus restos se hallaron útiles de piedra, no existen aún evidencias contundentes que nos permitan cambiar el tradicional consenso entre los paleontólogos. Debemos, pues, mantener la idea de que el frágil y diminuto simio del sur nunca habría poseído esa importante industria que su descubridor, el antropólogo australiano Raymond Dart, bautizó a mediados del pasado siglo con el sonoro nombre de «osteodontoquerática», es decir, elaborada a partir de huesos, dientes y cuernos. Sin duda, como hacen los grandes simios actuales, se habría valido de palos y piedras para romper cáscaras y arrancar raíces, o incluso con el fin de defenderse de sus congéneres o usarlos como apoyo en sus frecuentes alardes sociales. Pero si hubiera contado con una verdadera industria lítica, su vida habría sido sin duda más fácil. Sin embargo, no lo fue en absoluto. Se trataba, con toda probabilidad, de una existencia muy corta, quizá inferior a los treinta años, sometida a los grandes riesgos que le imponía el continuo vagar en busca de alimentos —hojas, frutas, larvas, huevos, raíces, quizá también pequeños animales y carroña— por espacios abiertos donde su frágil cuerpo de ciento cuarenta centímetros de altura y poco más de cuarenta kilos de peso era presa fácil de depredadores más ágiles y fuertes que él, sin que su pequeño cerebro, apenas superior a los cuatrocientos centímetros cúbicos, le sirviera aún de mucha ayuda. Una existencia corta y a veces también solitaria, pues la estación seca, con su inevitable disminución de los recursos disponibles, sin duda dispersaba los grupos en los que vivía, ya de por sí no muy numerosos ni cohesionados.

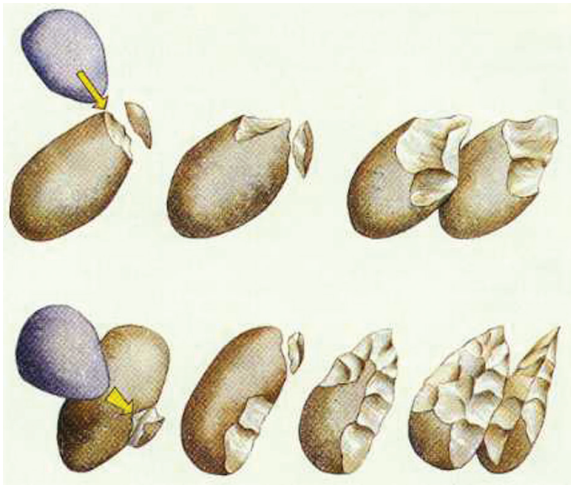
EL PRIMER SER HUMANO

Sin embargo, los frágiles australopitecos lograron sobrevivir durante más de dos millones de años, e incluso compartieron su existencia con los primeros seres humanos, hasta el punto de que la mayoría de los investigadores los consideran los candidatos más firmes a constituir el último estadio evolutivo de los primates anterior a la aparición de la primera especie humana.

Pero, ¿cómo se produjo la aparición del hombre? Una vez más, la respuesta hay que buscarla en la necesidad de adaptación a los cambios ecológicos. Hace unos 2,8 millones de años, el clima de África oriental sufrió una nueva y más intensa disminución de las precipitaciones. La sabana se convirtió en el paisaje dominante y el bosque denso en una excepción. La naturaleza ensayó una vez más respuestas diferentes ante los nuevos retos. Probó primero a fortalecer el aparato masticador de los homínidos, haciéndolo apto para triturar sin dificultad raíces y frutos más duros. Grandes huesos en su mejilla, un sólido reborde óseo en el cráneo y muelas de grandes raíces y esmalte grueso son los rasgos que definen a los denominados parántropos, literalmente ‘al lado de los hombres’. Pero ese camino de la evolución resultó ser un callejón sin salida. Las diversas especies de este nuevo género –*Paranthropus aethiopicus*, *boisei* y *robustus*– se extinguieron no sin antes, como su propio nombre indica, convivir durante mucho tiempo con los primeros hombres.

Con estos últimos ensayó la naturaleza su segunda respuesta a la desecación, esta sí llamada a alcanzar el éxito: un gran desarrollo del cerebro, tanto en tamaño como en complejidad. No obstante, las primeras especies humanas, el denominado *Homo rudolfensis*, es decir, el ‘hombre del lago Rodolfo’, denominación colonial del

actual lago Turkana, y el popular *Homo habilis*, que vivieron entre 2,5 y 1,4 millones de años antes del presente, contaban con un cerebro no mucho mayor, en proporción al tamaño de su cuerpo, que el de australopitecos y parántropos, setecientos cincuenta centímetros cúbicos en el mejor de los casos. Pero se trataba de un cerebro más eficaz. Las áreas en las que reside la capacidad para la comunicación y la manipulación muestran ya un evidente desarrollo. No fue el único avance. La alimentación de estos primeros humanos incluía ya sin duda la carne, quizá robada de las fauces de voraces depredadores, o con mayor probabilidad simplemente



A pesar de las apariencias, el salto necesario para pasar de los meros cantos trabajados (imagen superior) a los bifaces (imagen inferior) es enorme. La talla de estos útiles instrumentos exige poseer una idea previa de la forma que se quiere obtener, lo que supone ya una elevada capacidad de abstracción.

obtenida de las carroñas que estos abandonaban tras sus festines, pero imprescindible para garantizar las proteínas y la gran cantidad de energía que necesitaba un cerebro que no dejaría ya de crecer.

No es, empero, por su cerebro ni por sus preferencias gastronómicas por lo que estos humildes ancestros nuestros son ya considerados los primeros seres humanos. La razón está en sus manos. Con ellas, una y otra especie –para algunos autores son en realidad la misma– eran ya capaces de fabricar herramientas de las que se valían para hacer más sencillas sus tareas cotidianas. No se trataba todavía de útiles muy complejos, sino de modestos cantos trabajados mediante certeros golpes para obtener un filo cortante. Tampoco parece que estos individuos fueran aún capaces de concebir antes en su mente la forma que daban luego a la piedra. Pero se trataba de un avance esencial. Con sus nuevas herramientas, el hombre podía hacerse con esa energía que su cerebro en crecimiento le exigía cada vez más, aprovechando el tuétano de los huesos y las briznas de carne que los grandes depredadores dejaban tras su paso como restos de sus festines. Dos millones de años antes del presente, la humanidad, que había inventado la tecnología, se preparaba para someter a la naturaleza.

El crecimiento del cerebro, la mejora de la dieta y el progreso de la técnica caminaron ya siempre de la mano. Los sucesores del *Homo habilis* y el *Homo rudolfensis* aprendieron a cazar, de modo que la carne se convirtió en un alimento cada vez más abundante. Mejor nutridos, gozaron de un cerebro más grande y un cuerpo más fuerte. Más inteligentes, se mostraron capaces de desarrollar útiles más especializados, un lenguaje articulado y una organización social más compleja. Más seguros frente a sus enemigos, vivían más tiempo y podían reproducirse

más, colonizando una tras otra nuevas regiones hasta que la mayor parte del planeta fue suyo.

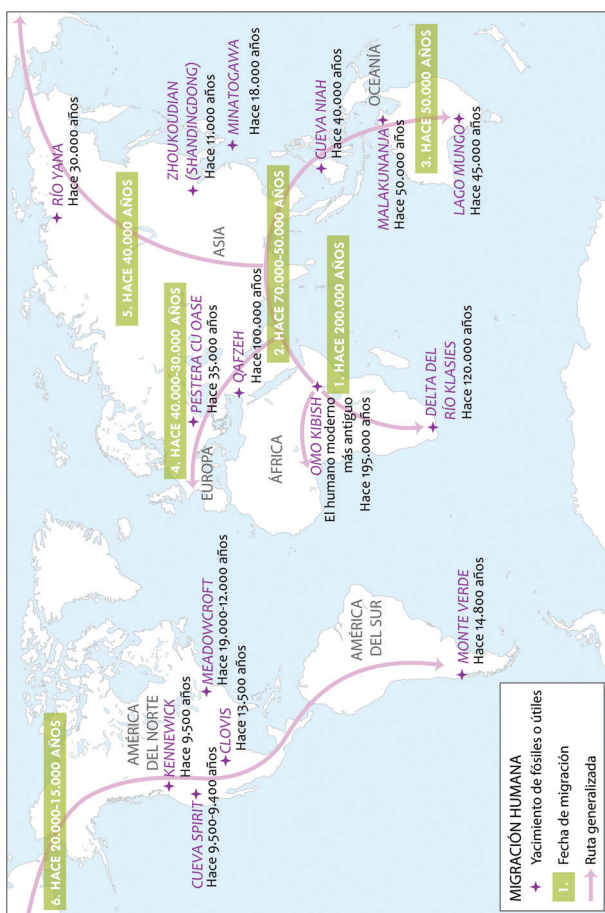
LA HUMANIDAD VIAJERA

Pero el hombre hubo de recorrer un camino extraordinariamente tortuoso y lento para lograrlo. Varias especies humanas tuvieron su oportunidad y todas ellas terminaron por extinguirse. Como ya había ocurrido antes, fue el avance de la desecación el que impulsó los cambios. Unos 1,8 millones de años antes del presente, el clima africano experimentó un nuevo retroceso de las precipitaciones. La sabana avanzó aún más, los seguros bosques disminuyeron y la respuesta que la naturaleza había ensayado con éxito –la bipedestación y el aumento del tamaño y la complejidad del cerebro– volvió a revelarse adecuada.

El *Homo ergaster*, que surgió entonces y vivió en tierras africanas hasta hace un millón de años, era ya capaz de concebir previamente en su cerebro, mucho más desarrollado, los pesados bifaces –las famosas hachas de piedra que acompañan en el imaginario popular al hombre primitivo– que tallaba después en sólidos guijarros; conocía el fuego, del que se valía para cocinar la preciosa carne de los animales que había ya aprendido a cazar, y poseía un notable lenguaje simbólico que le permitía una mejor cooperación social. Incluso su cuerpo, más alto y de forma más cilíndrica, con una piel privada ya casi por completo de pelo, de andar ya plenamente erguido, con un rostro de nariz prominente y mandíbula menos robusta, se nos antoja más parecido al nuestro. Quizá por ello el *Homo ergaster* es el primero de nuestros numerosos ancestros al que todos los paleontólogos consideran, sin discusión, humano.

Al *Homo ergaster* creíamos deber también otro significativo salto en nuestra paciente marcha evolutiva, pues pensábamos hasta hace poco tiempo que había sido esta especie la primera en abandonar las familiares planicies africanas para colonizar otros continentes. Sin duda, sus características le permitían ya una adaptación más rápida y mejor a su nuevo ambiente, de modo que cuando la comida escaseaba o el grupo crecía en exceso, simplemente se formaba uno nuevo que avanzaba hasta una zona próxima. Así, poco a poco, a un ritmo desesperadamente lento pero continuo, el *Homo ergaster* habría ido ocupando extensas regiones de África y habría terminado también por salir de ellas. Hace alrededor de 1,7 millones de años, el hombre habría llegado a Asia y hubiera comenzado a dispersarse por ese inmenso continente. Allí —o al menos eso creíamos—, a lo largo de una marcha de cientos de miles de años, hubo de cambiar de nuevo para adaptarse a un medio distinto, dando así lugar a nuevas especies, el *Homo erectus*, apenas distinto de su antepasado africano, aunque incapaz, por lo que parece, de fabricar bifaces, y el diminuto *Homo floresiensis*, conocido popularmente como el *hobbit*, por su similitud con estos pequeños seres de la célebre novela de fantasía épica *El señor de los anillos*, de J. R. R. Tolkien, un endemismo de la isla de Flores, al este de la isla indonesia de Java, que apenas supera un metro de altura y posee un cerebro inferior a cuatrocientos centímetros cúbicos.

Sin embargo, este sencillo panorama ya no convence en la actualidad a la mayoría de los paleontólogos. En primer lugar, no parece que fuera *Homo ergaster* el primer viajero africano, sino una especie denominada *Homo georgicus*, que fue hallada en 1999 en el yacimiento caucásico de Dmanisi y no ha dejado de proporcionar sorpresas desde entonces. Con una antigüedad de 1,7 millones de años, posee un cráneo demasiado pequeño, entre 600 y



Colonización del planeta por nuestro linaje. Aunque tardó millones de años en abandonar su cuna africana, el hombre fue incrementando progresivamente su ritmo de expansión por las tierras emergidas, pero fue el *Homo sapiens* la única especie humana que alcanzó todos los continentes.

780 centímetros cúbicos, para ser descendiente del *Homo ergaster*, por lo que quizá descienda del *Homo habilis*, y no cabe duda de que, sin que sepamos aún de dónde procede y cuánto tiempo llevaba allí, ya estaba en Asia cuando llegó el *Homo ergaster*. En segundo lugar, pocos especialistas en la evolución humana sostienen aún que el asombroso *Homo floresiensis* descienda del *Homo ergaster* o siquiera del *Homo erectus*, mientras ganan terreno los partidarios de atribuir su ascendencia al *Homo georgicus* o incluso al *Homo habilis*. Con apenas un metro de altura y un cerebro similar al de un australopiteco, sobrevivió en la isla de Flores hasta hace doce mil años, y sus rasgos, tan prodigiosos como contradictorios, parecen empeñados en echar por tierra el árbol evolutivo humano más o menos aceptado por los paleontólogos. ¿Cómo es posible que un cerebro tan diminuto posea rasgos tan modernos que lo hacen candidato a poseer un lenguaje articulado y una notable complejidad mental? ¿Cómo llegó allí? ¿Por qué se extinguió? Las preguntas se acumulan y las respuestas, como es habitual en lo que se refiere a la evolución humana, escasean.

Fuera como fuese en realidad, el *Homo ergaster* evolucionaba entretanto también en tierras africanas, aunque no existe aún un consenso claro sobre el modo en que se produjo esta evolución. Para algunos autores, entre ellos sus descubridores en el yacimiento español de Atapuerca, cambió para dar lugar a una nueva especie denominada *Homo antecessor*, es decir, ‘hombre pionero’, que a través del Próximo Oriente asiático habría llegado por primera vez a Europa. Para otros, la mayoría, este primer europeo, que tampoco fabrica bifaces, sería resultado de la evolución del *Homo erectus* y, en consecuencia, procedería de Asia. El *Homo ergaster*, por el contrario, sería el antepasado directo de otra especie denominada *Homo heidelbergensis*, muy similar en la práctica a la

humanidad moderna, con sus casi ciento ochenta centímetros de altura, un cerebro de mil doscientos cincuenta centímetros cúbicos y unos logros culturales ya avanzados que incluían la talla de bifaces, el dominio del fuego e incluso las primeras manifestaciones artísticas.

Pero la importancia de este miembro del género *Homo* no está sólo en sus logros, sino en su evolución posterior, pues a partir de él, tras extenderse ya por todo el Viejo Mundo, evolucionaron las dos últimas especies humanas: el *Homo neanderthalensis*, que surgió en Europa hace unos doscientos mil años, probablemente como resultado de la adaptación del *Homo heidelbergensis* al frío intenso de un continente entonces congelado por la glaciación, y, por fin, el *Homo sapiens*, nuestra propia especie, que apareció casi al mismo tiempo en África, quizá como resultado de un nuevo incremento de la insolación y la aridez.

El primero de ellos, descubierto en un yacimiento del valle alemán de Neander, del que tomó su nombre, es el conocido popularmente como hombre de Neandertal. No muy alto, pues rara vez superaba los ciento setenta centímetros, debía ofrecer, sin embargo, un aspecto impresionante. Sus pesados y fuertes huesos, la amplitud de su caja torácica, la fortaleza de su poderosa musculatura, su prominente mandíbula y su huidiza frente no harían difícil, en contra de lo que ha escrito algún avisado investigador, identificarlo con escaso margen de error en el metro de Nueva York. Pero su primitivismo, fruto en realidad de su adaptación al frío, es engañoso. El cerebro del neandertal, que alcanzaba sin problemas los mil quinientos centímetros cúbicos, supera incluso al nuestro en tamaño, aunque no en proporción, pues se encierra en un cuerpo mucho mayor. Su tecnología, basada como las de sus predecesores en la talla de la piedra, ha alcanzado ya una notable perfección técnica,

que le permite obtener útiles precisos y variados. Dueño de unos pulmones inmensos y de unas profundas fosas nasales, se encuentra perfectamente adaptado al frío ambiente de la Europa de las glaciaciones. Capaz de una cooperación social sin precedentes, no halla problema en capturar presas varias veces mayores que él, alimentándose de su nutritiva carne. Y, en fin, dotado de una avanzada inteligencia simbólica y al menos del principio de una conciencia moral, entierra a sus muertos entre elaborados ritos, aunque no todos los investigadores coinciden en esta hipótesis, y no duda en dedicar energías a proteger y cuidar a los individuos que no pueden ya valerse por sí mismos.

Mientras, en África la glaciación tenía también sus consecuencias, aunque bien distintas de las que produjo en Europa. En lugar del frío, su principal efecto allí fue la disminución drástica de las precipitaciones y, con ellas, de los recursos disponibles. Aunque el *Homo ergaster* estaba ya bien adaptado a la aridez, debía enfrentarse a períodos aún más prolongados de escasez de alimentos, con la importante particularidad de que la densidad de población era ahora mayor y de que los desiertos que habían surgido en el norte y el sur del continente le impedían emigrar hacia otros lugares. Así las cosas, su única salida era cambiar, y de ese cambio surgió una nueva especie: el ya mencionado *Homo sapiens*, cuyas características resultaron ser tan idóneas para sobrevivir en un clima cálido y seco como las de su primo neandertal lo eran para hacerlo en un clima glacial. Alto, de figura cilíndrica, nariz corta y frente plana, su organismo se defendía con naturalidad del calor, pero se mostraba por completo inadecuado para enfrentarse al frío.

Entonces, ¿por qué acabó por imponerse nuestra especie sobre su competidora incluso en las frías estepas de la Europa glacial, que alcanzó hace unos cuarenta mil

años? ¿Por qué se extinguió el hombre de neandertal? Sólo una ventaja tenía el *Homo sapiens* en la lucha por la vida, pero esta ventaja resultó ser crucial. Su cara más corta le hacía sin duda más propenso al enfriamiento, pero también le permitía albergar una laringe mucho más apta que la de su primo neandertal para producir sonidos articulados. Desde un punto de vista genético, ellos estaban tan preparados como nosotros para el lenguaje, pero su cuerpo no lo estaba de igual modo. El lenguaje sapiens, en consecuencia, podía ser mucho más rico y su cooperación social, por tanto, mucho más intensa. Gracias a ello, los individuos de nuestra especie, que por separado sin duda eran inferiores, creaban grupos más eficaces. Así, cuando en su eterno peregrinar el *Homo sapiens* alcanzó Europa, la presencia de su nuevo vecino resultó fatal para los neandertales, aunque no sabemos aún con seguridad la causa última de su extinción. En Asia, el *Homo erectus* sufrió idéntico destino en una fecha similar. Luego, el *Homo sapiens* alcanzó Australia y, unos diez mil años antes del presente, América. Una sola especie humana, la nuestra, caminaba ya sobre la faz de la tierra.

Pero no podemos dar por cerrado este epígrafe sin plantear al menos la gran pregunta, aún a la espera de una respuesta definitiva, sobre la evolución humana: ¿Acaso no se mezclaron nunca las dos especies? O dicho de manera más directa: ¿No hay en nuestra herencia genética huella alguna del ADN de los neandertales?

Hasta hace pocos años, la negativa no podía ser más categórica: ambas especies no se habrían mezclado jamás; no existiría entre nuestros genes ninguno que decenas de miles de años atrás se hallara también en las células de nuestros primos neandertales. Entre ambos no habría existido nunca el amor, sino tan solo una forma más o menos violenta de guerra, en todo caso una lucha continua por apropiarse de unos recursos siempre escasos.